

Jack London/La llamada de lo salvaje

JACK LONDON

LA LLAMADA  
DE LO SALVAJE

# PRÓLOGO

## LA HISTORIA DE UNA AVENTURA

### UN PASO DELANTE DE LA VIDA

La vida de un escritor puede empezar cuando más alejada parece de la escritura. Se suele pensar en él como en un tipo diferente, abstraído en la lectura, perdido en mundos artificiales, o alejado de cualquier problema cotidiano. Y aunque hay quienes encajan en esa imagen, hay también, como siempre, excepciones. Escritores cuyos caminos parecían terrenos minados que los obligaban a andar por los bordes de la vida, siempre esperando cualquier cosa en el siguiente paso, preparados para la incertidumbre del porvenir. Cuando todo indica que no hay marcha atrás ni puerta falsa por la cual escapar, en ese momento, también puede aparecer la literatura. Y quizás sea mejor así.

Jack London empezó a vivir de un modo confuso. Nació en San Francisco, el 12 de enero de 1876. Su padre, William Henry Chaney, astrólogo de profesión, se negó a reconocerlo y su madre, Flora Wellman, espiritista, se casó al poco tiempo con un hombre llamado John London, de quien no se tienen mayores datos, salvo que murió algunos años después de adoptar y dar nombre a John Griffith London, llamado Jack. Este origen sería, a la larga, motivo de depresión severa en él. Pero antes debió enfrentar otros problemas, sobre todo de tipo económico. A la muerte de su padre adoptivo, Jack, aún

muy pequeño, se vio en la obligación de cubrir el lugar vacío de cabeza de familia y empezó a trabajar, primero como repartidor de periódicos y luego como obrero en una fábrica envasadora.

En la primera oportunidad que tuvo, sin embargo, aprovechó para dejar esa vida que lo mantenía alrededor de doce horas diarias en un empleo que detestaba. Cambió de actividades: prefirió asegurarse el dinero sin importar los riesgos y se inició en el tráfico de ostras. Adquirió una barca, la “Razzle Dazzle”, y aprendió a navegarla en la bahía de San Francisco. Con ella empezó a incursionar en los criaderos de ostras, donde robaba de noche para luego vender el botín en las mañanas. El dinero que conseguía lo dilapidaba en alcohol y en mujeres. Llegó a beber sin parar varios días seguidos y la depresión se volvió recurrente, una compañía cada vez más destructiva. Las mujeres con las que se vinculaba solo aumentaban la sensación de soledad. El círculo vicioso de los bajos fondos se estaba cerrando y London, atrapado, entró en crisis. Sus nebulosos orígenes, su alcoholismo, todo colaboró con su derrumbe. Intentó suicidarse. Se lanzó al mar desde el puente Golden Gate, pero, en vez de ahogarlo, las aguas le devolvieron la sobriedad y consiguió salvarse.

Lo que vino a continuación no fue mucho mejor. Se alistó como tripulante en la “Sophia Sutherland”, una goleta dedicada a la caza de focas. Los viajes que realizó a bordo del barco en ese momento de su vida lo llevaron a las costas de Japón y Siberia durante siete meses. Y cuando regresó a San Francisco, entró a trabajar paleando carbón en una planta de energía del ferrocarril de la ciudad. Este hecho marcó su vida. En 1894, el llamado “Ejército Industrial de Kelly”, movimiento popular conformado por obreros desempleados, pretendió marchar al Congreso de los Estados Unidos, en Washington, exigiendo reformas laborales al entonces presidente Cleveland. La crisis económica condujo, como siempre, a niveles muy altos de desempleo y esa

situación produjo una inestabilidad política que terminó en la marcha obrera a la capital norteamericana. Jack London participó en las jornadas de protesta y participó también en las consecuencias de su fracaso. Después de un breve periodo de vagabundeo en el que sufrió persecución, fue encarcelado en la ciudad de Buffalo.

En la cárcel, cuando ya todo parecía perdido, London decide iniciar otro camino. La necesidad de educarse se le presentó como inaplazable y, al volver a California, en 1895, estudió en el Instituto de Oakland. Un año después, se matriculó en la Universidad de Berkeley, donde empezó una etapa de formación intelectual intensa. Sin embargo, los problemas financieros le impiden continuar con sus estudios. Y si bien no regresó a las aulas universitarias, tampoco lo hizo al trabajo fabril y, de hecho, su vida no se volvió a alejar demasiado del ámbito letrado. Solo vuelve una vez, y por poco tiempo, al trabajo físico: ejerce de timonel de trineo en la región del río Klondike, en Alaska, cuando la fiebre del oro atrae a aventureros de todo el mundo. Esta experiencia le servirá posteriormente para la escritura de *La llamada de lo salvaje*. Durante este periodo, no dejó de leer. Estaba decidido a ganarse la vida con su cerebro y no con sus músculos.

Para finales de siglo, los textos firmados por Jack London eran bastante conocidos y diferentes medios se los disputaban. Pero es recién en 1900 cuando el mundo muestra su lado favorable: publicó su primer libro titulado *El hijo del lobo* –una colección de cuentos que fue del agrado del público–, empezó a cobrar un sueldo mensual fijo que le permitió disfrutar de las comodidades que tanto había soñado y se casó con Bessie Maddorn. La estabilidad había llegado a su vida. El paso del tiempo la acentuó y acrecentó.

Por este camino, que tuvo mucho de azaroso, el periodismo y la literatura se convirtieron en sus principales ocupaciones. Como

periodista viajó a Sudáfrica para informar acerca de la Guerra de los Boers, conflicto que enfrentó al ejército colonial británico contra el ejército de los Boers, colonos de origen holandés y alemán que defendían su autonomía. Luego, en 1904, fue corresponsal en la guerra ruso-japonesa que antecedió a la conflagración mundial que estallaría diez años después. En sus reportes, London destacaba la disciplina de los soldados japoneses frente al desorden y las miserias del bando opuesto. El desenlace de la guerra pareció darle la razón.

Pese a toda esta vertiginosa actividad, todavía no llegaba el momento del despegue. El punto en el que todo toma un rumbo definitivo. Eso se lo dio la literatura. En 1903, un año antes de partir a Asia, terminó y publicó la novela que lo convirtió en un rotundo éxito editorial: *La llamada de lo salvaje*. El gran interés que despertó el libro –no solo en América sino también en Europa–, le permitió acceder a grandes sumas de dinero por derechos de autor. En 1906 publicó *Colmillo blanco*, que luego sería llevada al cine. En estos años, London conoció la opulencia, y quiso disfrutar de ella: se hizo propietario del “Hill Ranch”, un terreno de 53 hectáreas de extensión en California. Su vida había dado un vuelco radical. Vivía holgadamente y su patrimonio aumentaba con cada publicación.

Consciente de esta situación, London aceptó en muchas ocasiones que su principal interés al escribir era aumentar su riqueza, agregar algunas hectáreas más a su propiedad y conseguir cuanta belleza pudiera por estos medios. Este aburguesamiento ético y político no significó, sin embargo, la pérdida de sus inquietudes vitales y literarias. Quería seguir un poco al borde. Se divorció y a los pocos días se volvió a casar, esta vez con Charmian Kittredge. Kittredge, que había sido su secretaria, acabó siendo su última compañera y su primera biógrafa.

Pero eso no fue todo. Un buen día, decidió construir él mismo un barco, el “Snark”, para viajar por la inmensidad del Pacífico. Entre 1906 y 1908 visitó las islas de Hawai, Tahití y Las Marquesas, pero se vio obligado a interrumpir su itinerario debido a que su salud, ya bastante golpeada, se agravó aún más. Las fiebres tropicales que lo mandaron al hospital de Sidney y el recuerdo de los viajes por regiones exóticas le dieron material para sus *Relatos de los mares del sur*, publicados en 1911. Luego de esto, y cerrando la lista de sus desatinados proyectos, London, ya de vuelta en su latifundio, inicia la construcción de la Wolf House, una casa tan grande e imposible como su ego.

Para entonces, London ya había iniciado la publicación de una serie de novelas de corte autobiográfico: *Martin Eden* fue la primera, en 1908, y le siguieron *John Barleycorn*, en 1913, y *El vagabundo de las estrellas*, en 1915. En estos libros narra, a partir de alter egos, buena parte de la primera etapa de su vida, cuando la pobreza lo obligó a trabajar “como un animal” y el desenfreno terminó por pasarle la factura. Su trabajo periodístico lo condujo, en 1914, al México revolucionario que acababa de ser intervenido por las fuerzas norteamericanas. Otros viajes a Hawai y Sudamérica, igual de arriesgados, terminaron por destruirlo físicamente.

Su ritmo de vida, las privaciones y pobreza de su infancia, la dureza de los trabajos que tuvo que enfrentar y su refugio en el alcoholismo hicieron de él un hombre enfermo. La literatura lo había salvado de una existencia perdida, había redimido su inteligencia, pero no pudo curar su cuerpo y quizá tampoco su espíritu. El 22 de noviembre de 1916, a los cuarenta años de edad, Jack London murió a causa de una sobredosis de narcóticos. La versión oficial nos dice que intentaba mitigar los dolores de sus males, pero otras voces nos siembran la duda: pudo haberse tratado de un suicidio. Más allá de cualquier



especulación, lo importante es destacar su fe en la escritura, su creencia en ella como el único camino posible. Parafraseando a Edgar Allan Poe, otro gran escritor norteamericano, London le preguntó a la vida si había esperanza para un tipo miserable como él. Y la literatura le respondió.

## LOS HOMBRES SON EL FRUTO DE SU ÉPOCA

Los hombres son el fruto de su época. Entender al hombre y su obra pasa por entender su contexto. Para juzgar la vida –agitada y contradictoria–, pero sobre todo la obra de Jack London, no podemos obviar este paso.

Desde 1861 hasta 1865, los Estados Unidos estuvieron envueltos en la Guerra de Secesión que enfrentó a los estados del Norte contra los del Sur. Ambos bloques promovían dos formas de desarrollo radicalmente distintas: los primeros creían en la industria, los segundos en el latifundio agrícola y esclavista. Terminada la guerra y victoriosos los del Norte, se inició una campaña de expansión hacia el Oeste. El hallazgo de yacimientos de oro en el lejano San Francisco fue un aliciente para que miles de aventureros buscaran nuevas oportunidades allí. Estas tierras, que durante muchos años habían permanecido inhóspitas, de pronto se llenaron de héroes románticos que buscaban cambiar su destino a toda costa.

Ese proceso culminó alrededor de 1890. Se vio favorecido por la construcción del ferrocarril que unía el océano Atlántico con el Pacífico, y la proliferación de industrias en ciudades como Chicago y el mismo San Francisco. La sociedad norteamericana entró en una etapa de prosperidad que creó la ilusión de que cualquiera, por más pobre que fuera, podía hacerse rico de un momento a otro. La moral

del trabajo incansable y del dinero se justificó a través de la religión calvinista –que sostenía que el hombre rico era un elegido– y la filosofía positivista.

Aquí es importante mencionar a Herbert Spencer (1820-1902), sociólogo y filósofo inglés, quien basó su teoría social en las ideas del biólogo Charles Darwin. En su libro *El origen de las especies*, Darwin sostiene que la conservación y reproducción de las especies sigue la lógica de la selección natural, es decir, solo resisten y continúan su existencia las especies que poseen mayor adaptabilidad frente a los cambios. Spencer adopta la idea de la selección natural en sus reflexiones. Según su teoría, los hombres tienen una natural e instintiva tendencia a competir y diferenciarse del resto. En esta disputa, solo los más aptos, los más fuertes, podrán destacar. Por tanto, la sociedad debería regirse por la libre y espontánea fuerza de los individuos, pues ese es el único modo de alcanzar el progreso. Cualquier intervención externa que intente controlar o regular esas relaciones solo sería un obstáculo en la evolución social.

Con el territorio conquistado, la población anhelante de bienestar y una teoría que legitimaba el capitalismo, todo apuntaba al florecimiento. Pero el florecimiento también tiene un final. Pasado algún tiempo, la riqueza dejó de ser una posibilidad cercana para el hombre común y pasó a manos de las grandes empresas y corporaciones. El escritor William Dean Howells (1837-1920) denunció que su país había dejado de ser la tierra de las oportunidades, donde prevalecía la lucha individual y libre, para convertirse en el dominio de los monopolios que solo buscaban enriquecerse sin importar los medios.

La crisis económica dominó el fin de siglo norteamericano. Las huelgas y protestas estaban a la orden del día. Se formaron ejércitos industriales que reunían a buen número de trabajadores desocupados. Tiempo después, dos columnas de estos grupos marcharon

rumbo a Washington pidiendo reformas laborales. También por entonces se vuelve muy familiar la figura del vagabundo: generalmente, un obrero desempleado que recorría diferentes ciudades buscando ganarse la vida de alguna manera.

London participó en la marcha hacia la capital norteamericana y luego se vio obligado a vagabundear hasta que fue encarcelado. La experiencia que obtuvo le sirvió para escribir *Los vagabundos del ferrocarril*, en donde encontramos las desastrosas vidas de los mendigos que hacían cola frente a las puertas de las casas de caridad por un poco de comida y cobijo.

En estos años escuchó hablar por primera vez del socialismo. Tiempo después lo estudió de forma más detenida y se convirtió en una de sus primeras fuentes teóricas. La lectura del *Manifiesto comunista* y trozos de *El Capital*, de Karl Marx, fue acompañada del cuestionamiento a una realidad que se caía a pedazos. La idea de cambiar el mundo, pero sobre todo la de liderar ese cambio, constituyeron el principal atractivo. Quizás aquí encontramos la primera señal de un egocentrismo que se manifestó a plenitud en los años posteriores. Sea como fuere, y a pesar de publicar varios títulos de denuncia – *Gente del abismo* (1903) y *El talón de hierro* (1908) – o incluso firmar algunas cartas con la frase “Tuyo para la Revolución”, se podría afirmar que el socialismo no llegó a prender del todo en la conciencia de London. La ambigüedad de su conducta parecía delatarlo.

## 1. EL ORO DEL KLONDIKE

En el año de 1896, estalla la fiebre del oro en las cercanías del río Klondike, al noroeste de Canadá y cerca de la frontera con Alaska. En rigor, el precioso metal fue descubierto en 1861, pero es recién en la última década del siglo que los exploradores dirigen toda

su atención hacia esa región. Al igual que miles de personas, Jack London viajó a esas tierras hostiles impulsado por la crisis del gobierno de Cleveland. La gran afluencia de aventureros generó una explosión demográfica que convirtió los pueblos tranquilos, como Dawson, en agitadas ciudades.

Sin lugar a dudas, debemos a este hallazgo fortuito lo mejor de la obra de London. Sus experiencias en el Klondike fueron fundamentales para la escritura de novelas como *La llamada de lo salvaje* o *Colmillo blanco*, y relatos como “El hijo del lobo”, “Amor a la vida”, “El Dios de sus padres” y “La fe de los hombres”. En este lugar conoció a muchas personas que lo habían perdido todo o que habían tenido hasta entonces existencias mediocres. Se encontró con sus deseos y sus sueños, sus fracasos y sus frustraciones. Este material humano resultó invaluable.

Pero esta no fue la única deuda que contrajo. En Dawson, London hizo un hallazgo de gran importancia: conoció la obra de Herbert Spencer y de Friedrich Nietzsche. Del primero lo atrajeron sus ideas acerca de la supremacía del más apto y de la fuerza de los instintos que dominan al hombre. Del segundo, lo sedujo la imagen del superhombre. Nietzsche (1844-1900), filósofo alemán, sostenía que el último estadio de la evolución se alcanzaría cuando el hombre superara la moral convencional basada en la idea de igualdad e impusiera una superior, nacida de su voluntad de poder. Solo cuando esto sucediera acaecería el superhombre.

La combinación de estos elementos fue el verdadero oro del Klondike para London. Muchos de sus relatos están impregnados de esta lógica individualista del sujeto superior y los impulsos atávicos relacionados con lo instintivo. Sobrevivir, a pesar de las adversidades y del medio agresivo, es la gran apuesta de sus personajes. Lo arriesgan todo como si el momento presente fuera el último de sus vidas, como

si se tratara de la última oportunidad que les regala el destino. La expedición a Alaska adquiere resonancias épicas. Por esta razón London fue catalogado por la crítica de su país como “el Homero de la fiebre del oro”. Cuando el lejano Oeste había sido ya domesticado e integrado al resto de los Estados Unidos, el escritor pudo encontrar la nueva frontera salvaje, el lugar en que todavía era posible vivir heroicamente: el Gran Norte.

Sin embargo, se le planteó un problema de difícil solución. Nadie puede creer en el individualismo de Spencer y Nietzsche y al mismo tiempo asumir el ideal de una humanidad nueva y solidaria como promete el socialismo. Nadie puede resolver esas diferencias sin fracturar su naturaleza moral. La experiencia personal de London y su temperamento profundamente ambicioso encajaban con las teorías de los primeros dos pensadores, mientras que su formación intelectual tendía a la crítica del orden establecido. Durante los años de opulencia continuó brindando su apoyo a las clases trabajadoras, pero a la vez hacía afirmaciones del tipo: “[a]nte todo soy un hombre blanco, y socialista en segundo término”, o “[s]upongo que soy el único americano que le está sacando dinero al socialismo”. Esta inconsistencia vital se acentuó con el paso del tiempo, al extremo de creer, en sus años finales, que su existencia había sido un largo proceso de degradación.

## 2. LA HISTORIA DE UN PERRO

En 1902, London escribió un relato protagonizado por un perro: “Diablo”. Luego, impulsado por sus experiencias en el Norte, sintió la necesidad de iniciar la redacción de un relato que complementara al anterior y, para cumplir con este proyecto, se encerró en su casa durante un mes, distanciado de todo y de todos. Lo que en un primer

momento iba a ser un cuento terminó siendo una novela que se reconoció, casi inmediatamente, como un clásico de la literatura norteamericana y que catapultó a su autor a la fama y al éxito: *La llamada de lo salvaje*, de 1903.

Pero, como suele ocurrir, un libro tiene muchas deudas. De hecho, una de las primeras influencias que podemos detectar, no solo en este caso, sino en buena parte de la obra de London, es la del escritor británico Rudyard Kipling (1865-1936). En su clásica colección de relatos titulada *El libro de la Selva*, publicada en 1894 y protagonizada por un niño llamado Mowgli, Kipling utiliza como personajes de sus historias a animales humanizados, seres alegóricos de los que se puede extraer una ética que pone en juego valores colectivos. La idea de un grupo de perros que razonan, sienten, actúan como humanos y poseen una carga alegórica grande proviene en gran medida de la lectura de este libro. London adopta, además, la forma que el escritor inglés mejor maneja: el cuento. Cuentos vigorosos, simples y pintorescos, centrados en una anécdota llena de acción.

Ahora bien, el tema de la región “salvaje” tampoco es exclusividad de London. Muchos escritores de los Estados Unidos y Canadá han trabajado en historias sobre aventureros que lo arriesgan todo, atraviesan penurias y, finalmente, obtienen lo que quieren. Escritores como Mark Twain –calificado, por cierto, como el padre de la literatura norteamericana– son, sin duda, los referentes inmediatos.

Estas influencias, sin embargo, no le impidieron hacerse de un estilo propio y de un mundo narrativo que se vio reforzado por su experiencia personal. Como hemos visto, el punto de partida es el viaje a Alaska, que resulta, al mismo tiempo, su rasgo particular. Con *La llamada de lo salvaje*, London es quien mejor aprovecha las posibilidades de esa región, pero no de manera realista. Su estilo puede conducir al lector a ese error. Detrás de esa aparente fidelidad al

mundo real, se esconde toda una poética de lo insólito: la búsqueda de “la auténtica maravilla de las cosas”. Dicho en otras palabras, su intención es presentar de forma distinta, extraña y como vista desde otro ángulo (uno desconocido y sorprendente), los seres y las cosas más cercanas y cotidianas. Así funciona la historia de Buck, el protagonista de la novela. Un perro casero que de pronto es secuestrado y obligado a trabajar descubre, en medio de esto, un lado oculto de sí mismo. Alrededor, hombres que, en circunstancias extremas, exhiben su aspecto más fiero y más básico, hombres alejados de la civilización.

Pero si hay algo que mantiene en suspenso al lector frente a la historia de Buck es el estilo. Una vez superado el influjo de sus maestros, London desarrolla un estilo directo y algo rudo que se ajusta a los ambientes que describe y a los personajes que dibuja. Si bien podemos observarlo ya en *El hijo del lobo*, es con *La llamada de lo salvaje* que alcanza lo primordial, es decir, la sucesión rápida de acciones, el peligro que las envuelve y una dosificación bien medida de la información. Este tratamiento bastante efectivo (y efectista) encierra la trampa del realismo más descarnado.

La vida de un personaje tiene muchos posibles orígenes. En la mayoría de casos se trata de uno real. La vida en la que se basó el perro Buck es la del mismo Jack London. No es coincidencia que ambos nombres sean sonoramente parecidos. Las coincidencias no suelen ser más que ilusiones de coincidencias. Las carencias del autor, sus privaciones, la soledad, el desamparo y el anhelo del triunfo individual son rasgos que el personaje, de forma alegórica, asume de su creador. En líneas generales, el texto es una alegoría. Esto nos permite entender por qué los animales aman, odian, razonan y reaccionan como humanos, mientras que los hombres se comportan como bestias impulsivas. De lo que se trata es de ejemplificar cuáles son los

---

auténticos fundamentos sobre los que se levanta el ser humano, alejado de la civilización que lo controla y lo modela, y reconocer que sus instintos atávicos priman en ellos.

De esta manera, la genialidad de London radica en su sensibilidad para reunir en una historia sus ideas filosóficas, por un lado, y su vida, por otro. Esa sensibilidad para captar los instantes trascendentes en los que cualquier persona, puesta al límite, busca una salida, sea hacia la muerte o hacia la supervivencia.

RÓMULO TORRE TORO





LA LLAMADA  
DE LO SALVAJE



CAPÍTULO I:  
LA VUELTA AL ATAVISMO

*Nostalgias inmemoriales de nomadismo brotan  
debilitando la esclavitud del hábito;  
de su sueño invernal despierta otra vez,  
feroz, la tensión salvaje.*

Buck no leía los periódicos, de lo contrario habría sabido que una amenaza se cernía no solo sobre él, sino sobre cualquier otro perro de la costa, entre Puget Sound y San Diego<sup>1</sup>, con fuerte musculatura y largo y abrigado pelaje. Porque a tientas, en la oscuridad del Ártico, unos hombres habían encontrado un metal amarillo<sup>2</sup> y, debido a que las compañías navieras y de transporte propagaron el hallazgo, miles de otros hombres se lanzaban hacia el norte. Estos hombres necesitaban perros, y los querían recios, con una fuerte musculatura que los hiciera resistentes al trabajo duro y un pelo abundante que los protegiera del frío.

Buck vivía en una extensa propiedad del soleado valle de Santa Clara, conocida como la finca del juez Miller. La casa estaba apartada de la carretera, semioculta entre los árboles a través de los cuales se podía vislumbrar la ancha y fresca galería que la rodeaba por los cuatro costados. Se llegaba a ella por senderos de grava que serpenteaban

---

<sup>1</sup> Puget Sound y San Diego son los dos puntos más extremos de la costa estadounidense que da al océano Pacífico.

<sup>2</sup> Alusión al oro. En 1861 se descubrieron algunos yacimientos en las cercanías del río Klondike, al noreste de Canadá, cerca de la frontera con Alaska. Pero fue recién en 1896 que se desató la llamada «fiebre del oro», que atrajo a miles de exploradores hacia aquella región.

entre amplios espacios cubiertos de césped y bajo las ramas entrelazadas de altos álamos. En la parte trasera las cosas adquirían proporciones todavía más vastas que en la delantera. Había espaciosas caballerizas atendidas por una docena de cuidadores y mozos de cuadra, hileras de casitas con su enredadera para el personal, una larga y ordenada fila de letrinas, extensas pérgolas emparradas, verdes prados, huertos y bancales de fresas y frambuesas. Había también una bomba para el pozo artesiano y un gran estanque de hormigón donde los chicos del juez Miller se daban un chapuzón por las mañanas y aliviaban el calor en las tardes de verano.

Sobre aquellos amplios dominios reinaba Buck. Allí había nacido y allí había vivido los cuatro años de su existencia. Es verdad que había otros perros, pero no contaban. Iban y venían, se instalaban en las espaciosas perreras o moraban discretamente en los rincones de la casa, como Toots, la perrita japonesa, o Ysabel, la pelona mexicana, curiosas criaturas que rara vez asomaban el hocico de puertas afuera o ponían las patas en el exterior. Una veintena al menos de fox terriers ladraba ominosas promesas a Toots e Ysabel, que los miraban por las ventanas, protegidas por una legión de criadas armadas de escobas y fregonas.

Pero Buck no era perro de casa ni de jauría. Suya era la totalidad de aquel ámbito. Se zambullía en la alberca o salía a cazar con los hijos del juez, escoltaba a sus hijas, Mollie y Alice, en las largas caminatas que emprendían al atardecer o por la mañana temprano, se tendía a los pies del juez delante del fuego que rugía en la chimenea en las noches de invierno, llevaba sobre el lomo a los nietos de Miller o los hacía rodar por la hierba, y vigilaba sus pasos en las osadas excursiones de los niños hasta la fuente de las caballerizas e incluso más allá, donde estaban los potreros y los bancales de bayas. Pasaba altivamente por entre los fox terriers, y a Toots e Ysabel no les hacía el

menor caso, pues era el rey, un monarca que regía sobre todo ser viviente que reptase, anduviera o volase en la finca del juez Miller, humanos incluidos.

Su padre, Elmo, un enorme San Bernardo, había sido compañero inseparable del juez, y Buck prometía seguir los pasos de su padre. No era tan grande —pesaba solo sesenta kilos— porque su madre, Shep, había sido una perra pastora escocesa. Pero sus sesenta kilos, añadidos a la dignidad que proporcionan la buena vida y el respeto general, le otorgaban un porte verdaderamente regio. En sus cuatro años había vivido la regalada existencia de un aristócrata: era orgulloso y hasta egotista, como llegan a serlo a veces los señores rurales debido a su aislamiento. Pero se había librado de no ser más que un consentido perro doméstico. La caza y otros entretenimientos parecidos al aire libre habían impedido que engordase y le habían fortalecido los músculos; y para él, como para todas las razas adictas a la ducha fría, la afición al agua había sido un tónico y una forma de mantener la salud.

Así era el perro Buck en el otoño de 1897, cuando multitud de individuos del mundo entero se sentían irresistiblemente atraídos hacia el norte por el descubrimiento que se había producido en Klondike<sup>3</sup>. Pero Buck no leía los periódicos ni sabía que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, fuera un sujeto indeseable. Manuel tenía un vicio, le apasionaba la lotería china<sup>4</sup>. Y además jugaba confiando en un

---

<sup>3</sup> La región de Klondike debe su nombre al río que pasa por sus inmediaciones, un afluente del río Yukón. Como se sabe, este territorio fue muy concurrido por los exploradores y aventureros que se lanzaron en busca de oro desde 1896. La explotación continuó hasta buena parte del siglo xx. De algún modo, esto contribuyó a que hubiese un desarrollo económico muy significativo en el Oeste de Canadá, Alaska y el Pacífico Noroeste.

<sup>4</sup> Lotería que fue introducida por los migrantes chinos en la ciudad de San Francisco.

método, lo que lo llevó a la ruina inevitable. Porque el jugar según un método requiere dinero, y el salario de un ayudante de jardineiro escasamente cubre las necesidades de una esposa y una numerosa prole.

La memorable noche de la traición de Manuel, el juez se encontraba en una reunión de la Asociación de Cultivadores de Pasas<sup>5</sup> y los muchachos, atareados en la organización de un club deportivo. Nadie vio salir a Manuel con Buck y atravesar el huerto, y el animal supuso que era simplemente un paseo. Y nadie, aparte de un solitario individuo, les vio llegar al modesto apeadero conocido como College Park. Aquel sujeto habló con Manuel y hubo entre los dos un intercambio de monedas.

—Podrías envolver la mercancía antes de entregarla —refunfuñó el desconocido, y Manuel pasó una fuerte soga por el cuello de Buck, debajo del collar.

—Si la retuerces lo dejarás sin aliento —dijo Manuel, y el desconocido afirmó con un gruñido.

Buck había aceptado la soga con serena dignidad. Era un acto insólito, pero él había aprendido a confiar en los hombres que conocía y a reconocerles una sabiduría superior a la suya. Pero cuando los extremos de la soga pasaron a manos del desconocido, soltó un gruñido amenazador. No había hecho más que dejar entrever su disgusto, convencido en su orgullo que una mera insinuación equivalía a una orden. Pero para su sorpresa, la soga se le tensó en torno al cuello y le cortó la respiración. Furioso, saltó hacia el hombre,

---

<sup>5</sup> Es muy común el cultivo de la vid en California. Hasta la actualidad, en la parte central de este estado, se produce más del 45% de la uva pasa comercializada mundialmente. El 90% de las vides dedicadas a la pasificación en California son de cierta variedad blanca sin semillas que fue traída de Oriente Medio y que encontró en California unas condiciones perfectas para su cultivo.





quien lo interceptó a medio camino, lo aferró del cogote y, con un hábil movimiento, lo arrojó al suelo. A continuación apretó con crueldad la soga, mientras Buck luchaba frenéticamente con la lengua fuera y un inútil jadeo de su gran pecho. Jamás en la vida lo habían tratado con tanta crueldad, y nunca había experimentado un furor semejante. Pero las fuerzas le abandonaron, se le pusieron los ojos vidriosos y no se enteró siquiera de que, al detenerse el tren, los dos hombres lo arrojaban al interior del furgón de carga.

Al volver en sí tuvo la vaga conciencia de que le dolía la lengua y de que estaba viajando en un vehículo que traqueteaba. El agudo y estridente silbato de la locomotora al acercarse a un cruce le reveló dónde estaba. Había viajado demasiadas veces con el juez para no reconocer la sensación de estar en un furgón de carga. Abrió los ojos, y en ellos se reflejó la incontenible indignación de un monarca secuestrado. El hombre intentó cogerlo por el pescuezo, pero Buck fue más rápido que él. Sus mandíbulas se cerraron sobre la mano y él no las aflojó hasta que una vez más perdió el sentido.

—Le dan ataques —dijo el hombre, ocultando la mano herida ante la presencia del encargado del vagón, a quien había atraído el ruido del incidente—. Lo llevo a San Francisco. El amo lo manda a un veterinario que cree que podrá curarlo.

Acerca del viaje de aquella noche habló el hombre con suma elocuencia en la trastienda de una taberna en el muelle de San Francisco.

—No saco más que cincuenta por él —rezongó—; y no lo volvería a hacer por mil, a toca teja.

Llevaba la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado y tenía la pernera derecha del pantalón rasgada de la rodilla al tobillo.

—¿Cuánto sacó el otro pasmado? —preguntó el tabernero.

—Cien —fue la respuesta—. No habría aceptado ni un céntimo menos, así que...

—Eso hace ciento cincuenta —calculó el tabernero—; y ese los vale o yo no sé nada de perros.

El otro se quitó el vendaje ensangrentado y se miró la mano herida.

—Si no pilló la rabia...

—Será porque naciste de pie —dijo riendo el tabernero—. Venga, dame la mano antes de marcharte —añadió.

Aturdido, sufriendo un dolor intolerable en la garganta y en la lengua, medio asfixiado, Buck intentó hacer frente a sus torturadores. Pero una y otra vez lo tumbaron y le apretaron más la cuerda hasta que lograron limar el grueso collar de latón y quitárselo del pescuezo. Entonces retiraron la soga y con violencia lo metieron en un cajón grande semejante a una jaula.

Allí estuvo echado durante el resto de aquella agotadora noche rumiando su cólera y su orgullo herido. No podía entender qué significaba todo aquello. ¿Qué querían de él aquellos desconocidos? ¿Por qué lo tenían encerrado en aquella estrecha jaula? No sabía por qué, pero se sentía oprimido por una vaga sensación de inminente calamidad. Varias veces durante la noche, al oír el ruido de la puerta del cobertizo al abrirse, se puso de pie de un salto esperando ver al juez, o al menos a los muchachos. Pero una y otra vez fue el rostro mofletudo del tabernero, que se asomaba y lo miraba a la mortecina luz de una vela de sebo. Y cada vez el alegre ladrido que brotaba de la garganta de Buck se trocaba en un gruñido salvaje.

Pero el tabernero lo dejó en paz, y por la mañana entraron cuatro individuos que cogieron el cajón. Más torturadores, pensó Buck, porque tenían un aspecto andrajoso y desaseado; y se puso a ladrarles con furia a través de los barrotes. Ellos se limitaron a reír y azuzarle con unos palos a los que inmediatamente Buck atacó con los colmillos hasta que comprendió que eso era lo que querían. Entonces

se tumbó hoscamente en el suelo y dejó que cargaran el cajón a una vagoneta. Después, él y la jaula en la que estaba prisionero iniciaron un tránsito de mano en mano. Los empleados de un despacho de mercancías se hicieron cargo de él; fue transportado en otra vagoneta; una camioneta lo llevó, junto con una serie de cajas y paquetes, hasta un trasbordador; otra lo sacó para introducirlo en un gran almacén ferroviario, y finalmente fue depositado en el furgón de un tren expreso.

El furgón fue arrastrado a lo largo de dos días con sus noches a la cola de ruidosas locomotoras; y durante dos días y dos noches estuvo Buck sin comer ni beber. En su furia había respondido gruñendo a las primeras tentativas de aproximación de los empleados del tren, a lo que ellos habían correspondido azuzándole. Cuando Buck, temblando y echando espuma por la boca, se lanzaba contra las tablas, ellos se reían y se burlaban de él. Gruñían y ladraban como perros odiosos, maullaban y graznaban agitando los brazos. Aquello era muy ridículo, lo sabía, pero cuanto más ridículo, más afrontaba su dignidad, y su furor aumentaba. El hambre no lo afligía tanto, pero la falta de agua era un verdadero sufrimiento que intensificaba su cólera hasta extremos febriles. Y en efecto, siendo como era nervioso por naturaleza y extremadamente sensible, el maltrato le había provocado fiebre, incrementada por la irritación de la garganta y la lengua reseca e hinchada.

Solo una cosa le alegraba: ya no llevaba la soga al cuello. Eso les había dado una injusta ventaja; pero ahora que no la llevaba, ya les enseñaría. Jamás volverían a colocarle otra soga en el cuello, estaba resuelto. Había pasado dos días y dos noches sin comer ni beber, y durante esos días y noches de tormento había acumulado una reserva de ira que no auguraba nada bueno para el primero que le provocase. Sus ojos se inyectaron en sangre y se convirtió en un demonio

furioso. Tan cambiado estaba que el propio juez no lo habría reconocido; y los empleados del ferrocarril respiraron con alivio cuando se desembarazaron de él en Seattle<sup>6</sup>.

Cuatro hombres transportaron con cautela el cajón en un carromato hasta el interior de un pequeño patio trasero rodeado por un muro. Un tipo fornido, con un jersey rojo de cuello desbocado, salió a firmar el recibo del conductor. Aquel hombre, presintió Buck, era el siguiente torturador. Y se lanzó salvajemente contra las tablas. El hombre sonrió con crueldad y trajo un hacha y un garrote.

—No irá a soltarlo ahora, ¿verdad?... —preguntó el conductor.

—Desde luego —replicó el hombre, al tiempo que hincaba el hacha en el cajón a modo de palanca.

Se produjo la inmediata espantada de los cuatro hombres que lo habían traído, que, encaramados al muro, se aprestaron a presenciar el espectáculo.

Buck se abalanzó sobre la tabla astillada, en la que clavó los dientes, luchando con furor con la madera. Dondequiera que el hacha caía por fuera, allí estaba él por dentro, rugiendo, tan violentamente ansioso él por salir como lo estaba el hombre del jersey rojo para sacarle de allí con fría deliberación.

—Ahora, demonio de ojos enrojecidos —dijo, una vez abierta una brecha que permitía el pasaje del cuerpo de Buck. Al mismo tiempo, dejó caer el hacha y se cambió el garrote a la mano derecha.

Y Buck era verdaderamente un demonio que lanzaba fuego por los ojos en el momento de disponerse a saltar con los pelos erizados, la boca envuelta en espuma y un brillo enloquecido en los ojos

---

<sup>6</sup> Ciudad más grande del estado de Washington, al noreste de los Estados Unidos. Está situada entre el lago Washington y la bahía Puget Sound, junto al océano Pacífico. Es uno de los centros económicos y culturales más importantes de la región.

inyectados en sangre. Directamente contra el hombre lanzó sus sesenta kilos de furia, acrecentados por la pasión contenida de dos días y dos noches. Pero ya lanzado, en el momento mismo en que sus quijadas estaban por cerrarse sobre la presa, recibió un impacto que detuvo su cuerpo y le hizo juntar los dientes con un doloroso golpe seco. Tras una voltereta en el aire, se dio con el lomo y el costado contra el suelo. Como nunca en su vida le habían golpeado con un garrote, se quedó pasmado. Soltando un gruñido que tenía más de queja que de ladrido, se puso en pie y volvió a arremeter. Y nuevamente recibió un golpe y cayó al suelo anonadado. Esta vez comprendió que había sido el garrote, pero su exaltación no admitía la cautela. Una docena de veces volvió a acometer y con igual frecuencia el garrote frustró la embestida y acabó con él en el suelo.

Después de un golpe especialmente feroz, sus patas vacilaron y quedó demasiado aturdido para atacar. Se tambaleó sin fuerzas, con sangre manándole de la nariz, la boca y las orejas, con el hermoso pelaje salpicado y con manchas de saliva ensangrentada. Entonces el hombre avanzó y deliberadamente le asestó un espantoso golpe en el hocico. Todo el dolor que había soportado Buck no fue nada en comparación con la intensa agonía de este. Con un rugido de ferocidad casi leonina, volvió a lanzarse contra el hombre. Pero el hombre, pasándose el garrote de la derecha a la izquierda, cogió diestramente a Buck por debajo del maxilar inferior, dando al mismo tiempo un tirón hacia abajo y hacia atrás. Buck describió un círculo completo en el aire, para después golpear el suelo con la cabeza y el pecho.

Atacó por última vez. El hombre descargó entonces el golpe que le había reservado durante toda la lucha y Buck se derrumbó y cayó al suelo sin sentido.

—¡Este no es manco para domar a un perro, te lo digo yo! —exclamó entusiasmado uno de los hombres encaramados al muro.

—Yo preferiría domar potros de indios todos los días y el doble los domingos —fue la respuesta del conductor mientras trepaba al carromato y ponía en marcha los caballos.

Buck recobró el sentido, pero no las fuerzas. Tumbado donde había caído, observaba al hombre del jersey rojo.

—Responde al nombre de Buck —citó el hombre, hablando consigo mismo en alusión a la carta del tabernero que le había anunciado el envío del cajón y su contenido—. Bien, Buck, muchacho —prosiguió en tono jovial—, hemos tenido nuestra pequeña disputa y lo mejor que podemos hacer es dejarlo así. Tú te has enterado de cuál es tu sitio y yo me sé el mío. Sé un buen perro y todo irá bien. Pórtate mal y te arrancaré las tripas. ¿Entendido?

Mientras hablaba, daba palmaditas en la cabeza que había golpeado tan despiadadamente, y, aunque el contacto de aquella mano le erizara involuntariamente la pelambre, Buck aguantó sin protestar. Bebió ávidamente el agua que el hombre le trajo y más tarde engulló de su mano una generosa ración de carne cruda que él le suministró de trozo en trozo.

Había perdido (lo sabía), pero no estaba vencido. Comprendió, de una vez para siempre, que contra un hombre con un garrote carecía de toda posibilidad. Había aprendido la lección y no la olvidaría en su vida. Aquel garrote fue una revelación. Fue su toma de contacto con el reino de la ley primitiva y aceptó sus términos. Las realidades de la vida adquirieron un aspecto más temible; y si bien las afrontó sin amedrentarse, lo hizo con toda la latente astucia de su naturaleza en funcionamiento. En el transcurso de los días llegaron otros perros, en cajones o sujetos con una soga, unos dócilmente y otros rugiendo con furia como había hecho él; y a todos ellos los vio someterse al dominio

del hombre del jersey rojo. Una y otra vez, según contemplaba aquellas brutales intervenciones, la lección se afianzaba en el corazón de Buck: un hombre con un garrote era el que dictaba la ley, un amo a quien se obedece, aunque no necesariamente se acepte.

De esto último nunca hubo que acusar a Buck, por más que viera efectivamente a perros apaleados hacerle fiestas al hombre, meneando la cola y lamiéndole la mano. También vio a un perro que no quiso aceptarle ni obedecerle y acabó muerto en la lucha por imponerse.

De vez en cuando llegaban hombres, forasteros que hablaban con adulación y en diversos tonos al hombre del jersey rojo. Y cuando en esas ocasiones algún dinero pasaba de unas manos a otras, el forastero se llevaba consigo uno o más perros. Buck se preguntaba adónde irían, porque nunca regresaban; pero el miedo al futuro lo atenazaba, y cada vez se alegraba por no haber sido elegido.

Pero su hora llegó, finalmente, bajo la forma de un hombrecillo arrugado que escupía un mal inglés y numerosas exclamaciones desconocidas y burdas que Buck fue incapaz de entender.

—¡Sacredam! —exclamó el hombrecillo al posar la mirada en Buck—. ¡Ese sí ser perro bravo! ¿Cuánto?

—Trescientos, y es un regalo —fue la inmediata respuesta del hombre del jersey rojo—. Y siendo dinero del gobierno, no tendrás ningún problema, ¿eh, Perrault?

Perrault sonrió. Considerando que el precio de los perros estaba por las nubes debido a la inusitada demanda, no era una cantidad desproporcionada por un animal tan espléndido. El gobierno canadiense no saldría perdiendo, ni su correspondencia viajaría más despacio. Perrault entendía de perros, y cuando vio a Buck supo que se trataba de uno en un millar: «Uno entre diez mil», comentó para sus adentros.

Buck vio el dinero que cambiaba de manos y no se sorprendió cuando el hombrecillo arrugado se los llevó a él y a Curly, una afa-ble terranova. Fue la última vez que vio al hombre del jersey rojo, así como la visión de Seattle alejándose fue la última que Curly y él tuvieron, desde la cubierta del Narwhal, de las tibias tierras meridionales. Perrault llevó a Curly y a Buck a las bodegas y los dejó a cargo de un gigante de cara morena llamado François. Perrault era franco-canadiense y tenía la piel oscura, mientras que François era franco-canadiense mestizo y tenía la piel dos veces más oscura. Para Buck eran hombres de una clase nueva (de los que estaba destinado a ver muchos más) y, aunque no les cobró afecto, llegó honestamente a respetarlos. Aprendió rápidamente que Perrault y François eran hombres justos, serenos e imparciales al administrar justicia, y demasiado expertos en el comportamiento canino para dejarse engañar por los perros.

En las bodegas del Narwhal, Buck y Curly encontraron a otros dos perros. Uno de ellos era un ejemplar albo y grande procedente de Spitzbergen<sup>7</sup>, de donde se lo había llevado el capitán de un ballenero, que más tarde había participado en una expedición geológica a las islas Barren<sup>8</sup>. Era cordial aunque traicionero, ya que sonreía a la cara mientras discurría alguna trastada, como por ejemplo cuando le robó a Buck una parte de su primera comida. En el momento en que Buck saltaba para castigarlo, se le adelantó el látigo de François restallando en el aire con tal violencia sobre el culpable que Buck no

---

<sup>7</sup> Conjunto de islas en el Ártico. Forman parte del archipiélago superior de Svalbard, que a su vez pertenece al reino de Noruega.

<sup>8</sup> Región subártica al norte de Canadá. Todo el territorio se caracteriza por ser estéril. Precisamente, debe su nombre a esa característica, puesto que *barren*, en inglés, significa 'yermo', 'estéril'.



tuvo más que recuperar el hueso. Fue un acto de equidad por parte de François, pensó Buck, y empezó a sentir aprecio por el mestizo.

El otro perro no dio ni recibió muestras de fraternidad, pero tampoco intentó robar a los recién llegados. Era un animal malhumorado y taciturno, y le mostró a las claras a Curly que lo único que deseaba era que le dejaran en paz y, además, que si no era así habría problemas. Dave, que así se llamaba, comía y dormía, o en los intervalos bostezaba sin interesarse por nada. No lo hizo siquiera cuando durante la travesía del estrecho de la Reina Carlota<sup>9</sup>, el Narwhal estuvo balanceándose, cabeceando y corcoveando como un poseso. Cuando Buck y Curly se pusieron nerviosos, medio locos de miedo, Dave alzó la cabeza con fastidio, les dedicó una mirada indiferente, bostezó y se puso de nuevo a dormir.

El incansable pulso de la hélice latía día y noche en el barco, y aunque cada día era muy semejante al anterior, Buck percibió que cada vez hacía más frío. Por fin, una mañana la hélice se detuvo y una atmósfera de excitación se extendió por el barco. Buck la sintió, igual que los demás perros, y supo que se aproximaba un cambio. François les colocó collares y correas y los condujo a cubierta. Al dar el primer paso sobre la fría superficie, las patas de Buck se hundieron en una cosa fofa y blanca muy semejante al lodo. Resopló y dio un salto atrás. En el aire caía más de aquella materia blanca. Se sacudió, pero le siguió cayendo encima. La olisqueó con curiosidad y a continuación recogió un poco sobre la lengua. Quemaba como el fuego y un instante después había desaparecido. Aquello lo intrigó. Lo intentó nuevamente, con igual resultado. Los espectadores reían a carcajadas y Buck se sintió avergonzado sin saber por qué. Era la primera vez que veía nieve.

---

<sup>9</sup> Estrecho del océano Pacífico que se encuentra entre la costa noreste de la isla de Vancouver y la costa continental de la Columbia Británica, en Canadá.